*Escritoras nicaragüenses: un festín de marginalidad**

Helena Ramos

Afirmar que la condición de género influencia los enfoques a través de los cuales la historia —o mejor dicho, los historiadores— perciben y analizan los fenómenos sociales, ya no constituye ninguna novedad.

Con gran acierto dijo Anaïs Nin: "La historia, igual que un reflector, ha iluminado lo que quería iluminar y a menudo omitió a la mujer". Sin embargo, las formas particulares de esta omisión sí ameritan ser examinadas, para poder desenmarañar la compleja urdimbre del sexismo y de la misoginia.

La marginación que a lo largo de los siglos hemos sufrido las mujeres literatas, tiene diversas dimensiones, las cuales con frecuencia se sobreponen formando toda una red que a estas alturas todavía nos retiene. Las biografías de las escritoras nicaragüenses ofrecen un vasto campo para estudiar dicha marginalidad.

Primero que nada, Nicaragua —que supuestamente es un país de poetas— no abunda en historias de su literatura, lo cual hace que los y las lectoras carezcan de posibilidad de comparar y confrontar fuentes, limitándose en muchos casos a una sola: *Panorama de la literatura nicaragüense* del prolífico investigador Jorge Eduardo Arellano (nacido en 1946), publicado por primera vez en 1966 y reeditada año tras año.

Es un libro ciertamente imprescindible, pero allí las mujeres figuran como integrantes del proceso literario a partir de la década de los años sesenta, aseveración que cercena aproximadamente un siglo de presencia femenina en las letras nicaragüenses.

Nombres inaugurales

Hasta la fecha, las primeras autoras de las cuales se tiene conocimiento son Vital y Leonor Sisón. Son mencionadas únicamente en el estudio del historiador Salvador D'Arbelles (1900-1977), *El periodismo en Corinto* (1972), que dice: "Este periódico (*La Escuela y la Cruz*) vio luz pública en los primeros días de 1861 en la hoy ciudad de Corinto, cuando ésta comenzaba a organizarse en lo que entonces se llamaba Punta de Icaco. Era manuscrito y fue editado por dos hermanas: Vital y Leonor Sisón, oriundas de El Realejo, de padre chino y madre nicaragüense; dos hermanas verdaderamente bellas, de ideas religiosas bien arraigadas, devotas, que se trasladaron de El Realejo a la isla Punta de Icaco fundando la primera escuela en la mencionada isla, y sacando una hojita periódica que era colocada en lugares visibles para que fuera leída por los habitantes de la isla. Sólo se tienen noticias de cinco ejemplares diferentes; eran de índole literario-religiosa, y daban a conocer noticias del lugar. Este fue el primer periódico publicado en Corinto".

Esta información, aunque escueta, refuta tres supuestos básicos referentes a la participación de las mujeres en la literatura —especialmente la ensayística— y el periodismo (modalidades que a mediados del siglo XIX estaban más hibridados que en la actualidad): un involucramiento tardío, circunscrito a los centros de poder político e ideológico (León, Granada, Managua) y practicado por personas pertenecientes a sectores sociales privilegiados. Las hermanas Sisón iniciaron su labor antes de que surgiera *El Diario de Nicaragua*, fun-

♦♦♦

dado en 1884 por Rigoberto Cabezas (1860-1896) y considerado "la primera expresión del diarismo nicaragüense"; eran provincianas y no formaban parte de la rancia aristocracia local.

En la poesía, la prioridad cronológica le pertenece a Cándida Rosa Matus, nacida en Masaya en 1850 y fallecida en la misma ciudad el 21 de diciembre de 1928. Nunca publicó en vida; ocho de sus poemas, seleccionados por una amiga e incluidos en el libro de otra autora, Adriana Gómez de Calderón, vieron la luz 16 años después de su muerte (*Poemas regionales y amistosos.* Managua, Tipografía Progreso, 1944). Vale la pena señalar que la publicación tardía —aunque rara vez póstuma— de la obra escrita por mujeres continúa siendo un fenómeno frecuente.

El argumento en pro de la constante marginación de las autoras pioneras que la crítica tradicional suele esgrimir es que la obra de ellas carece de mérito estético (hecho un tanto difícil de confirmar o rebatir, ya que los escritos de estas mujeres están dispersos o extraviados). No obstante, el caso de Clementina del Castillo demuestra que la notable calidad literaria tampoco representa garantía alguna.

Un anonimato revelador

En 1896 Clementina del Castillo publicó *Las sensaciones,* largo poema epistolar que inaugura ni más ni menos que la poesía erótica femenina a nivel centroamericano. Jorge Eduardo Arellano escribe al respecto: "Concentrados y felices, sus versos proceden de una descarga sorprendente de erotismo que supera la censura moral a que estaba sometida la mujer en ese tiempo. Por otra parte, revela a una apología del sexo, explicable en parte dentro de los logros ideológicos de la revolución liberal de José Santos Zelaya", que tuvo lugar en 1893.

El poema y su autora son deliciosos enigmas de la literatura nicaragüense del fin del siglo XIX. El uso de la preposición "del", eliminada al producirse la independencia de Nicaragua del imperio español, indica que se trata de un seudónimo. Una hipótesis es que el poema fue escrito por un tal Federico Lacayo H., de quien tampoco se sabe nada. Aunque el libro tuvo mucho éxito entre el público y fue reeditado cuatro veces, resultó ser demasiado audaz para su tiempo. Permaneció en el olvido durante casi cien años, hasta que fue rescatado por Jorge Eduardo Arellano e incluido en su *Antología general de la poesía nicaragüense.*

No obstante, el rescate en sí no ha reivindicado el texto. Los lectores lo ignoran; los críticos lo ven más bien como una curiosidad y nadie ha intentado investigar a fondo quién está escondido bajo el seudónimo de Clementina del Castillo.

El porqué del alias y de la negativa de salir del anonimato aun para cosechar laureles es un argumento a favor de que la autora es mujer. A un varón, el público le hubiera disculpado gustoso el festivo explayamiento sensual de la obra; en cambio, una mujer hubiera tenido que enfrentarse a las acusaciones de inmoralidad, descaro, falta de pudor... Ignoramos si el texto es autobiográfico, pero es lógico suponer que los y las lectoras lo percibían como tal; entonces, revelando su verdadero nombre, la escritora hubiera puesto en la picota no sólo a sí misma sino también a su pareja. No es de extrañarse que no haya querido pagar este costo.

Desfile de olvidadas

Los escritos de varias autoras están perdidos por completo o casi por completo, ya que nadie estimó importante recogerlos, mucho menos estudiarlos. Tal es el caso de Mercedes Bermellón. El periódico leonés *El Nacional* la menciona en su artículo del 3 de enero de 1897 como una mujer que, "sustrayéndose a los oficios propios de su sexo", se dedicó a las letras. "En varias ocasiones la hemos visto agarrarse a pecho con los doctores romanos en materia de Lógica y Oratoria", acota el articulista, enfocando a Mercedes Bermellón como un "fenómeno" —algo similar a un ternero de dos cabezas— y no como una persona pensante. Pese a haber sido "noticia" en su tiempo, está completamente olvidada.

Comparte con ella el olvido y la pérdida de la obra Josefa María Vega Fornos (Masaya, 1879/ 80-Masaya, 1920). Llamada "la poetisa niña", comenzó a componer versos a muy temprana edad. En 1888 fue aplaudida calurosamente durante la velada literaria que el Club Social de Masaya ofreció al presidente de la república, Evaristo Carazo. "Dentro de seis u ocho años será la primera de nuestras poetisas centroamericanas", escribió al respecto la *Revista literaria, científica y de conocimientos útiles* (León, 1888).

Estudió en el Colegio de Señoritas de Granada, donde obtuvo el título de maestra. Dada su excelencia académica, después de la graduación pasó a dar clases en el mismo establecimiento, perfilándose como docente de grandes capacidades. Sin embargo, su trayectoria literaria y profesional fue interrumpida por lo que en aquella época se llamaba "un flechazo de Cupido". Se casó con

el coronel Manuel Antonio Cuadra Urbina y se distanció de la poesía. Sus seis hijos varones han sido o son *todos* notables intelectuales (cuatro de ellos, literatos) y sus tres hijas mujeres, amas de casa. Tenía mucha razón Virginia Woolf al afirmar que el primer paso para llegar a ser artista es matar al Ángel del Hogar.

Prácticamente toda la obra de Josefa Vega está perdida. Se conservan *Un saludo* en *Revista literaria, científica y de conocimientos útiles* (León, no. 4, 15 de abril de 1888) y *De gris*, incluido en *Poesía nicaragüense*, antología complicada por María Teresa Sánchez (edición de 1948). Podemos decir, citando a Lino Argüello (1887-1937), que Josefa Vega "pudo ser muy bien, pero no quiso nunca". La referencia no es casual: aunque es muy aventurado establecer comparaciones partiendo de un solo texto, en *De gris* se percibe el hálito de la misma hiriente dulzura que rezuma la obra de Linito de Luna, y las líneas "amo los ojos negros, dormidos,/semivelados por la pasión" tienen el encanto de "oscura transparencia".

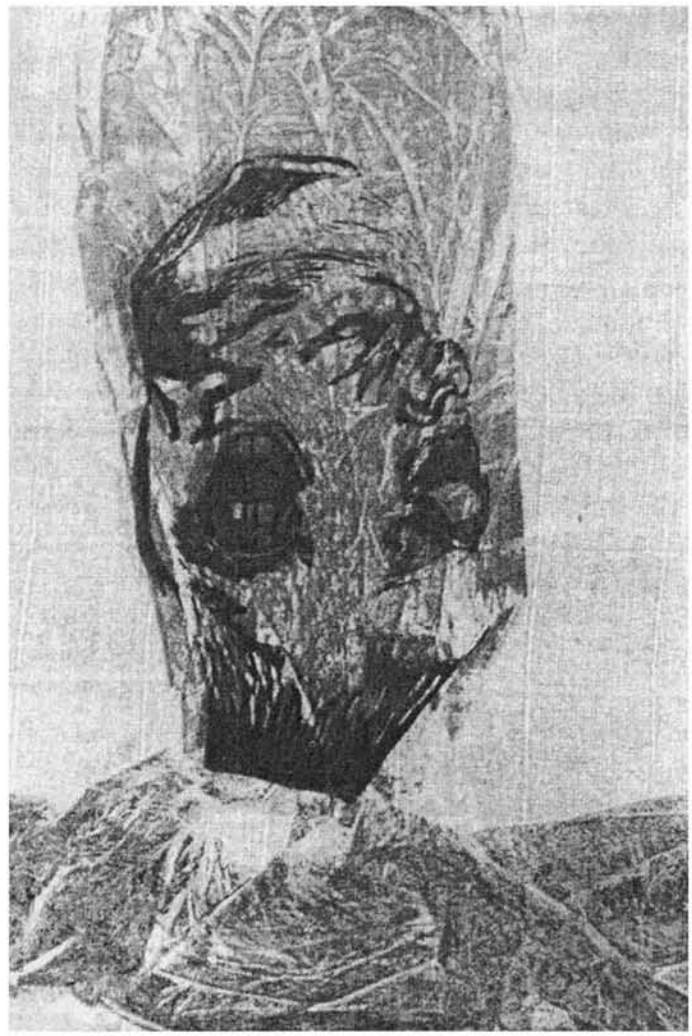
La lista de autoras que estaban activas en el primer tercio del siglo XX, sin publicar nunca un libro, es larguísima: Aura Rostand, Blanca Vega, María Fugle, Blanca Victoria Mejía, Rosa Choissel-Praslin, Alicia Rostrán, Fany Glenton, Nila Jiménez, María Teresa Medal, etcétera. Si agregamos a la nómina a las ensayistas —algunas de ellas con libros publicados— María A. Gámez, Josefa Ortega, Adela Moncada, Sara Barquero, Justina Huezo, Sara Solís, Juana Molina, Zoraida Matus, se hace todavía más patente el hecho que *todas* ellas han sido excluidas por completo del *corpus* literario. Se desconocen sus obras, se ignoran sus biografías. A excepción de Aura Rostand, Sara Barquero y Justina Huezo, no aparecen en ningún diccionario de autores nicaragüenses; únicamente la primera ha sido incluida en una antología. Para todos los efectos, nunca existieron.

Hermanadas por el olvido

Las escritoras del siglo XX que habían logrado salir del anonimato y publicar, se tuvieron que enfrentar con otras formas de la marginalidad: la desdeñosa condescendencia cuando obedecían las reglas y las acusaciones de inmoralidad cuando las violaban.

En este sentido, es ilustrativo comparar a Bertilda Portocarrero y Rosa Umaña Espinosa.

La primera fue lo que se dice una dama; mujer instruida para su tiempo, educadora, ensayista y una poeta postmodernista galardonada en certámenes locales. Su bibliografía consta de los siguientes títulos: *De enseñanza musical*. Chichigalpa, 1930; *Sin dimensión*. León, Editorial El Centroamericano, 1956; *Influencia de la mujer educadora en la humanidad: doña Josefa Toledo de Aguerri*. Managua, Editorial La Hora, 1962; *Acentos políticos*. Managua, Editorial Recalde, 1967; *Convención de la Alianza de Mesas Redondas Panamericanas*. Managua, Librería y Editorial Recalde, 1968). Además, durante años publicó su poesía en periódicos y revistas. Jorge Eduardo Arellano la caracteriza como "representante de la emotiva versificación subliteraria". Cabe preguntar por qué cito con tanta frecuencia a Arellano, pero resulta que él es el único que emite juicios críticos sobre estas autoras de escasa divulgación y tal exclusividad hace que sus criterios se convierten en juicios irrebatibles. Por supuesto, en teoría cualquiera puede cuestionar estas opiniones, empero el interés general por el tema es casi nulo y las fuentes, prácticamente inaccesibles. Como resultado, sus pareceres son transmitidos, mediante las citas, de un libro a otro, sin ser sometidos a una revisión crítica. Con eso no pretendo afirmar



♦♦♦

que las opiniones de Jorge Eduardo Arellano sean necesariamente erróneas; el nudo está en las dificultades prácticas para cuestionarlas.

Volviendo al tema anterior, apuntalamos que actualmente la obra de Bertilda Portocarrero, pese a la habilidad técnica que la autora poseía, es considerada "subliteratura", pasatiempo de una ricahembra ociosa. Por cierto, sus temas y enfoques son tradicionales, demasiado tímidos y adulcorados. Probablemente, en aras del "decoro y la decencia" la escritora "pecó de pusilánime". Mas veamos qué sucedía cuando una "pecaba de atrevida", como ocurrió con Rosa Umaña Espinosa (1872-1924), poeta y crítica literaria que hizo frente a toda una hueste de adversidades: era provinciana (no se sabe exactamente si nació en Villanueva o en Estelí), mengala, pobre, huérfana y autodidacta. Para colmo, padecía de tuberculosis.

Aun así, ha logrado publicar parte de su obra: *Recuerdos y esperanzas. Prosas y verso*. Managua, Tipografía Moderna, 1906; *Ayes del alma*. León, Tipografía J. Hernández, 1909; *Luz del ocaso. Primera parte: Juicios críticos. Segunda parte: Poesías*. León, Tipografía J. Hernández, 1916 (casi huelga decir que ninguno de estos libros ha sido reeditado, ni en su totalidad ni parcialmente). Según Jorge Eduardo Arellano, Rosa Umaña "asumió seriamente la poesía". Asimismo, asumió el malditismo finisecular. Su participación en los círculos literarios, en ese entonces exclusivamente masculinos, le valió la reputación de "rara" e "impúdica", de lo cual ella estaba perfectamente consciente. Ese era el precio de ser poeta; Rosa Umaña —poetisa maldita— lo sabía y murió en su ley: pobre y sola. Pero sí le preocupaba a ella su permanencia como literata, el destino de su obra. En eso, la rebelde Rosa Umaña se hermanó con la *comme il faut* de Bertilda Portocarrero: ambas son marginadas, excluidas, olvidadas. Ninguna aparece en la antología "La mujer nicaragüense en la poesía", recopilada por Daisy Zamora.

Humillante humildad

Tampoco es considerada parte integrante del modernismo nicaragüense la poeta Adriana Gómez de Calderón (Granada, 18??-después de 1945). Fue amiga de Rubén Darío (1867-1916), motivo por el cual sus escritos posteriores evidenciaban, según la expresión del escritor Gratus Halftermeyer, "un vivo recuerdo por el poeta".

Vivió un tiempo en Panamá, donde estableció amistad con la poeta María Olimpia de Obaldía (1891-1991), cuya obra había glosado en *Comentario en estrofas a la obra poética de María Olimpia de Obaldía*, publicado en 1930 (ningún ejemplar de éste se conserva). En 1935, Josefa Toledo de Aguerri mencionó a Adriana de Calderón entre las mujeres que "cultiva(ba)n la gaya ciencia". A una edad ya avanzada, publicó en Nicaragua dos poemarios: *Poemas regionales y amistosos*. Managua, Tipografía Progreso, 1944; y *Mi último poema*. Managua, Tipografía La Nueva Librería, 1944. Pese a su larga trayectoria literaria y sus privilegiadas relaciones en el mundo de las letras, fue para los escritores varones una especie de eterna párvula, nunca una igual entre iguales. Ella misma aceptaba esta desigualdad como algo natural. Por ejemplo, en 1945, enviando un ejemplar de *Poemas regionales y amistosos* a Carlos Rocha, director de *El Correo*, la escritora le solicitó a través de la dedicatoria que juzgara la obra "como ella se merezca, sin temor de flagelarla, para que se enmienda". Merece la pena señalar que Rocha era menor que Adriana Gómez y, aun perteneciendo ambos al mismo grupo social, ella lo trataba como a un superior. Qué increíble nivel de sumisión, pedir ser castigada y todavía sentirse agradecida... Pero este caso, aleccionador por descarnado, sólo refleja una disposición general: las mujeres vistas por todos y todas —incluyendo a ellas mismas— como eternas menores de edad, y los varones, revestidos de una autoridad que emana de su sexo.

Ilustre y marginada

El hecho que la humildosa Adriana Gómez no pudiera imponerse en el campo de las letras nicaragüenses puede ser atribuido a rasgos de su personalidad. Pero lo mismo ocurrió con la altiva, dinámica y perseverante Josefa Toledo de Aguerri (Chontales, 1866-Managua, 1962). Su presencia es tan imponente, su aporte tan descomunal que resulta imposible obviarlo. No obstante, ahora es conocida únicamente como maestra de generaciones; su faceta de escritora —antes que nada, ensayista— fue primero desvalorizada y luego, olvidada.

Josefa Toledo era una autora muy fecunda y de calidad desigual, pero sus mejores escritos permiten perfectamente apreciar su talento narrativo. Durante las décadas de los años diez, veinte y treinta, el impacto que causaban era todavía mayor. En 1918 obtuvo el primer premio en la rama de ensayo en los primeros Juegos Florales realizados en Managua. Entonces, corrió el rumor que ella no era la verdadera autora de aquellas descollantes obras, sino que pagaba a escritores varones para acce-

der a la excelencia. Esta afirmación no se basaba en un hecho concreto sino en una premisa misógina: escribía "demasiado bien para ser mujer". *Ergo*: el autor real tenía que ser un hombre.

Ahora la intachable reputación de Josefa Toledo, ensalzada oficialmente como arquetipo de maestra y proclamada una "heroína sin fusil", ya no da pie a estas acusaciones. Sin embargo, la beatificación escindió y marginó los aspectos más interesantes de sus actividades. Apenas en los años noventa la historiadora nicaestadounidense Victoria González (nacida en 1969) redescubrió a Josefa Toledo como una figura fundacional del feminismo en Nicaragua; la reincorporación de su aporte como escritora al acervo cultural del país está lejos de ser llevada a cabo, puesto que sus obras no se reeditan desde los años treinta. Además, la crítica tradicional no las considera "literatura" en pleno sentido de la palabra. Resultado: famosa y venerada, Josefa Toledo continúa siendo marginada.

Un mañana que todavía no ha llegado

Otra figura de la "epopeya de las olvidadas" es la poeta Yolanda Caligaris (Managua, 1910-Managua, 1964). Hija de Ángel Caligaris, un emigrante italiano que hizo fortuna durante el gobierno liberal de José Santos Zelaya, Yolanda estudió en el Colegio de las ursulinas en Génova, Italia, y se graduó en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Managua.

Ha publicado tres poemarios: *Bajo las estrellas*. México D.F., Editorial Cultura, 1945; *Sagitario*. México D.F., Editorial América, 1954; y *Alcázar de ensueño*. México D.F., Editorial América Nueva, 1960. Obtuvo en el concurso de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos la Flor de Lis de Oro por un soneto dedicado a Rubén Darío. Colaboraba en *La Noticia* (bajo el seudónimo de zolianica), *La Noticia Ilustrada* y *Suplemento*.

En 1935 la ensayista Josefa Toledo de Aguerri la señaló como una de las escritoras que "plasma[ba]n su inspiración en camino del modernismo, no exento de pensamiento y delicadeza". La eminente educadora incluso consideraba que Yolanda era la que hacía una "mayor labor" entre aquellas literatas.

Guillermo Rotschuh Tablada (nacido en 1926), escritor y crítico nicaragüense, manifestó respecto a Yolanda Caligaris: "Ella inauguró un estilo, un sentimiento, y mañana, cuando se haga con exclusividad una historia de lo que la mujer produjo en nuestra literatura nacional, ella junto a Rosa Umaña Espinosa serán las pioneras". Lamentablemente, este "mañana" justiciero aún no ha llegado.

Lucero solitario

Otro caso de exclusión es el de Aura Rostand (seudónimo de María Selva Escoto, conocida como María de la Selva, León, 1905-México D. F., 1959). Los diez hermanos Selva Escoto —los De la Selva— fueron una familia extraordinaria. Se destacan especialmente: Salomón (1893-1959), poeta modernista precursor de las vanguardias; Rogelio, licenciado en derecho, secretario privado del presidente de México Miguel Alemán; Roberto, escultor y grabador.

María, que compartía con sus hermanos varones la vocación por las letras y las aventuras, es la menos conocida. Creció en la metrópoli, en el ambiente "de conspiración política y amorosa, de liturgia, de aparecidas, de brujería".

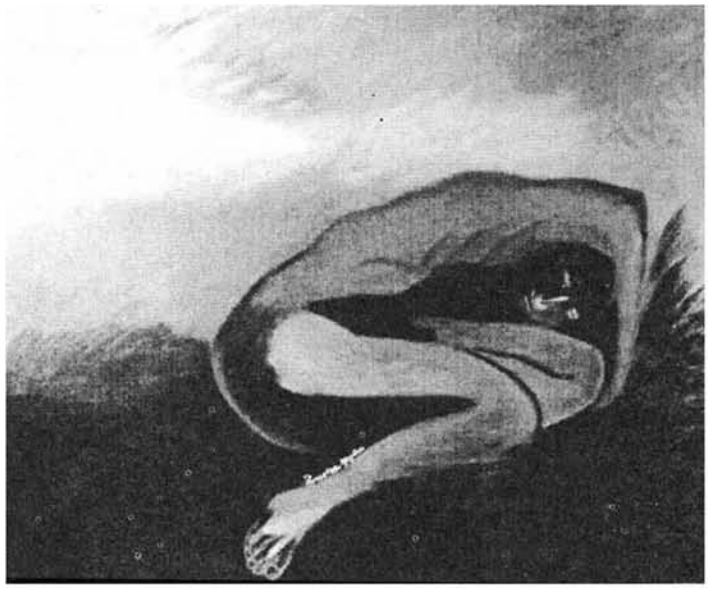
Se casó joven, según se estilaba en ese tiempo, y tuvo dos hijos, pero nunca se ha convertido en una matrona sedentaria, acomodada en la rutina. Le gustaba viajar; residió un tiempo en Bluefields, Costa Caribe —inaugurando de paso el tema "costeño" en la poesía nicaragüense con su poema *Mediodía en Bluefields*—, y en Nueva York.

El 28 de noviembre de 1929 estuvo presente en el homenaje que Panamá rindió a la poetisa María Olimpia de Obaldía (1891-1991) y, fuera del programa, "recitó en forma magistral, un poema de su cosecha y preparado para tal ocasión, que recibió nutridos aplausos".

En los años 30 se trasladó con sus dos hijos a México, donde se dedicó al periodismo (se sabe que colaboraba en la sección femenina de la revista *Hoy*). Su esposo no quiso seguirla, lo cual, al parecer, no le importó demasiado a Aura. Era arrojada e independiente.

Los últimos 15 años de su vida los pasó prácticamente postrada en la cama; sin embargo, convirtió su recámara en un verdadero salón adonde acudían los personajes más preeminentes del mundo artístico de México: Mario Moreno Cantinflas, María Félix, Jorge Negrete, Agustín Lara... Aura prohibía suspender la velada si comenzaba a sentirse mal: respiraba oxígeno puro para aliviarse y se reincorporaba a la conversación. Jamás interrumpió su labor periodística; al lado de su cama de posiciones, tenía la mesita con una máquina de escribir.

Dos poemas suyos ("Árbol" y "Mediodía en Bluefields") están incluidos en la antología *Nicaragua lírica*



(Chile, Editorial Nacimiento, 1937) de Augusto Oviedo y Reyes (1905-1968). Es la única mujer que aparece en dicha antología.

De poco le ha valido esta temprana y merecida distinción. Ahora su obra literaria, dispersa en los periódicos de América Central y México y parcialmente inédita, es apenas conocida. A su hermano Salomón de la Selva, Jorge Eduardo Arellano lo bautizó como el "inmenso solitario". Es mucho más solitaria Aura Rostand que, dicho sea de paso, nunca vivió ni escribió arrimada a las glorias fraternales.

Doblemente única

Todas las escritoras nicaragüenses que podrían ser ubicadas dentro de la corriente modernista y posmodernista, quedaron al margen de las investigaciones y de la mayoría de las antologías. Fueron condenadas sumariamente al olvido. Lo mismo ocurrió con la poeta Carmen Sobalvarro, la única mujer que formaba parte del autollamado Grupo de Vanguardia. Es también la única olvidada por la crítica.

Se sabe muy poco de su vida. Nació en 1908 en Ocotal, cerca de la frontera de Nicaragua con Honduras. La publicación periódica *El Gráfico* de Managua de 3 de noviembre de 1929 la menciona como integrante del Comité Central Republicano de Tegucigalpa. Carteaba con Augusto César Sandino (1895-1934), de quien estaba enamorada platónicamente.

A mediados de 1931 llegó a Granada y se integró al Grupo de Vanguardia (1927-1932). Formaba parte de la Anti-Academia Nicaragüense de la Lengua, una antítesis sarcástica de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Sus integrantes aspiraban a "una literatura vernácula verdaderamente libre, personal y juvenil".

Entre 1929 y 1930 fue colaboradora permanente de la revista *Mujer nicaragüense*, publicada por Josefa Toledo de Aguerri. Posteriormente se estableció en Honduras, porque, a diferencia —y crucial— de los demás vanguardistas, no se avino desde el inicio con el régimen de Anastasio Somoza García. Es sencillamente injusto e inexacto proclamar, como lo hace el escritor nicaragüense Julio Valle-Castillo (nacido en 1953) en su prólogo para *Tres amores* de Manolo Cuadra (1907-1957) que Manolo fue el único vanguardista de izquierdas. Carmen Sobalvarro no era menos izquierdista, y el autor del mencionado prólogo, un investigador bien informado, lo ha de saber. Pero ella no cuenta, está invisibilizada, marginada.

La hondureña Adaluz Pineda en su antología *Honduras: mujer y poesía* (1998) dice, refiriéndose a Ángela Ochoa Velásquez (1886-1969): "Luis Andrés Zúñiga, el fabulista hondureño por excelencia, prologa su libro de versos (1934) y la ubica junto a Clementina Suárez (1902-1991), Victoria Bertrand (Alma Fiori, 1907-1952), Fausta Ferrera (1891-1971) y Carmen Sobalvarro (esta última aparece en la nota de LAZ, pero es nicaragüense) como las directoras de este movimiento literario perteneciente a la *Ultima góndola.*"

Sobalvarro falleció en los años cuarenta. No ha publicado ningún libro; su obra está dispersa en los periódicos y los numerosos estudios dedicados al Grupo de Vanguardia la omiten olímpicamente. Pero, si era tan insignificante, ¿cómo esta joven pueblerina logró impresionar a los aristocráticos vanguardistas, que eran iconoclastas, altivos y excluyentes? Extraoficialmente, se ofrece una explicación que no tiene nada que ver con la literatura: Carmen Sobalvarro era hermosa, tenía unos ojos inolvidables... Entonces, la catalogan como una suerte de "novia" del Grupo de Vanguardia, lo cual no corresponde a la verdad histórica. Ella era una persona reservada, seria, nada decorativa; fue admitida a la agrupación gracias a sus méritos literarios. Hace tiempo lo narró en sus memorias Pablo Antonio Cuadra (nacido en 1912), el único ex vanguardista que no fue afectado, a partir de los años cuarenta, por una amnesia selectiva respecto a Carmen Sobalvarro. Es un declarante válido, bien informado e imparcial, ya que las reivindicaciones feministas no le interesan en absoluto. Aun así, el criterio sexista se impone, a la escritora ocotaleña la siguen percibiendo como "novia" del grupo y no como su plena integrante.

La poeta nicaragüense Daisy Zamora la incluyó en

su antología pero, siguiendo la tradición de otro autor del Grupo de Vanguardia, José Coronel Urtecho (1906-1994), insistió en el carácter "espontáneo, primitivista y natural" de aquella poesía. Este enfoque esencialista le resta a la autora la dimensión intelectual; sin proponérselo, la reduce de nuevo a la simple sensibilidad intuitiva, dizque inherente a la naturaleza femenina.

La preclara emotividad de la poesía de Carmen Sobalvarro no está basada en la mera espontaneidad que, a su vez, casi siempre brota de la ignorancia. La sencillez de la poeta es meditada y culta (eso no quiere decir erudita). Para percibirlo, basta con asomarse a esta estrofa: "Antiguo cancionero de la llanura/que ama la verde fronda,/como ama la dulzura/los labios de Gioconda."

La recuperación de la obra de Aura Rostand y de Carmen Sobalvarro se dificulta además por el hecho que ambas vivieron gran parte de su vida fuera de Nicaragua (pero siempre se consideraban a sí mismas escritoras nicaragüenses). Como resultado de esta escisión, quedaron en el limbo. Los investigadores hondureños no incluyen a Sobalvarro en sus análisis porque ella era nicaragüense; los nicaragüenses tampoco la incluyen porque vivía en Honduras. Otro tanto ocurre con María de la Selva.

Las narradoras: "más peor"

En general, la narrativa nicaragüense tuvo un desarrollo más tardío y modesto que la poesía. Las mujeres dedicadas a la narrativa resultaron ser las más marginados dentro de un conjunto de por sí marginal.

La pionera, por así decirlo, simbólica, de este género fue María Cristina Zapata (Chinandega, 1898-Managua, 1970), ensayista, narradora, periodista, poeta y además, política de filiación liberal.

En su juventud dirigió el periódico *La Voz del Pueblo*, que editaba en su imprenta personal y distribuía gratuitamente. Ha sido una ardorosa liberal y antiintervencionista. En 1912 entregó personalmente a Philander Knox un documento de protesta redactado en español e inglés. En la década de los años treinta se carteaba con Augusto César Sandino (1895-1934).

En la década de los años diez ensayó la novela, cuyo manuscrito no se ha conservado. También introdujo formas modernas de poesía antes de que surgiera el Grupo de Vanguardia, aporte que nadie ha estudiado a fondo.

La primera autora nicaragüense que ha publicado un libro de narrativa es Nilla Clara Mélida Ravetalla (seudónimo de Carmen Mantilla de Talavera, Ocotal, 18??-después de 1935), madre de Carmen Talavera Mantilla, también escritora. En los años 30 colaboraba en revistas (por ejemplo, *Suplemento* de Cristino Paguaga Núñez, donde, el 10 de febrero de 1935, publicó *Recuerdos de los días aciagos de la intervención*). En la década de los años treinta vio la luz su libro *Los piratas* (Managua, Tipografía Pérez, 1935).

Josefa Toledo de Aguerri, interesada en tomar pulso a los avances de las mujeres en todas las esferas, sintió en aquella noveleta histórica un "eco nostálgico" y "sabor de leyenda"; también captó el "fuerte romanticismo" un tanto trasnochado. No era una obra de aquellas que marcan un hito en la literatura, como tampoco lo fueron los demás escritos publicados en aquel período, poco ubérrimo para la prosa pinolera. Sin embargo, a estos otros —todos varones— no los han excluido por este motivo de la historia de la literatura, como ocurrió con Ravetalla.

Otra notable segoviana, Madame Fleure (seudónimo de Carmen Talavera Mantilla, Ocotal, 19??-Managua, después de 1967), hija de la autora antes mencionada, era narradora, poeta y asidua colaboradora de periódicos y revistas. Publicó dos libros: *Tormenta en el norte*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1947; y *Seda de aquellas moreras*. Managua, 1957.

José Floripe, fervoroso investigador de las tradiciones culturales de Estelí, la caracterizó de la siguiente manera: "Ella no cabía en Estelí porque era una mujer superior por su instrucción y sus aspiraciones intelectuales". La única investigadora que prestó atención a esta autora es la filóloga nicaragüense Nydia Palacios (nacida en 1939), que la menciona en sus estudios sobre la novela nicaragüense. Pero continúa siendo una especie de compartimiento estanco.

La trayectoria literaria —o más bien la aparente ausencia de ésta— de Ángela Robleto (Boaco) ilustra con meridiana claridad cuán importante era el género para insertarse en el mundo artístico. Ángela Robleto era hermana del escritor Hernán Robleto (1892-1968), uno de los autores más representativos de la novela criollista nicaragüense. Durante la década de los años cincuenta él llegó a adquirir cierta notoriedad incluso a nivel continental; en cambio, ella nunca publicó un libro, ni en vida ni después de su muerte. Su obra es conocida únicamente por sus amistades. En 1999 fue designada por el capítulo local de la Comisión 2000 Ciudadana Notable de Boaco, lo cual es loable, pero no resuelve el problema de falta de divulgación.

♦♦♦

Al margen del contexto

Otra narradora ignota es Graciela González (Estelí, 1918). Estudiando secundaria en el Colegio La Divina Pastora de Diriamba, escribió y dirigió su primera obra teatral, *El bazar de las muñecas*. En la misma época comenzó a escribir la narrativa corta.

Ingresó a la Universidad Central de Managua para estudiar Derecho y se desempeñó en la misma universidad como bibliotecaria. Se vinculó con los periodistas nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos. Colaboró en diversos medios nacionales. Fungió como conductora, guionista y editora de un programa cultural que se transmitía por la emisora Voz de América Central.

Su novela costumbrista *Vendo mi vida* participó en el Concurso Nacional Rubén Darío y fue recomendada para la publicación. Fue editada por la Editorial Hospicio de León 1944. Graciela mereció un elogio de Gratus Halftermeyer, quien dijo sobre ella: "A sus 24 años ha hecho más que muchos a los 50".

En 1945 se fue a Estados Unidos para estudiar bibliotecología en la Universidad de Michigan. En 1946 fue designada subdirectora de la Biblioteca de la Organización de Aviación Civil Internacional con sede en Montreal, Canadá. Además, fue editora de la revista de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI). En 1950 publicó su segunda novela, *Carne y alma* (Managua, sin editorial y sin año).

Durante los años 50, 60 y 70 fue funcionaria de la ONU y trabajó en varios países de América Latina, Europa y Asia. En 1980 se jubiló y desde entonces, reside en Estelí. Su narrativa breve permanece inédita. Está trabajando una novela titulada *La Presidenta*.

Sus escritos de los 40 son de índole folletinesco (ahora dirían que telenovelero), con pocos elementos de permanencia, aunque en su tiempo mucha gente los leyó con atención y deleite, a causa de su sabor regionalista y cierta habilidad para construir la trama. Sin embargo, quedaron al margen de la atención crítica, la cual no tiene por qué ser necesariamente elogiosa, sino ubicar cada obra en su contexto, labor que todavía no está hecha respecto a ambas novelas de González.

De narradora a política

Olga Núñez Abaunza de Saballos (Masaya, 1920-Masaya, 1971) es conocida básicamente como la primera mujer nicaragüense graduada en Derecho, mas en su juventud ella también escribía narrativa. Mientras cursaba sus estudios de secundaria, se reveló como una promesa para con las letras. "Apunta vibrante y decidida la adolescente Olga Núñez Abaunza", manifestó en 1935 Josefa Toledo.

En 1945 Olga Núñez ganó el Premio Nacional de Literatura Rubén Darío por su novela *Renunciación*, que, al parecer, nunca fue publicada. Formaba parte del Ateneo de Masaya, su muy querida ciudad natal, y de la Guardia de Honor de Rubén Darío.

A finales de los años 40 abandonó las letras e hizo una brillante carrera como jurista y política. En 1950 fue nombrada Viceministra de Educación Pública; en 1955 fundó el Ala Femenina del Partido Liberal Nacionalista (de hecho, somocista), que había dirigido hasta su temprana muerte. En una ocasión consultada en privado sobre la razón del abandono de las letras, respondió: "No me daban chance, nadie me tomaba en serio, y a mí me gusta ser la primera".[1]

Paradójicamente, la literatura resultó ser para Núñez, una mujer ambiciosa y dinámica, un campo más restringido que la política. Por cierto, las nicaragüenses tienen derecho a voto a partir de 1955 y el derecho a pertenecer a la Academia Nicaragüense de la Lengua, a partir de 1998. Un dato bastante ilustrativo.

Ilustre desconocida

Es realmente dramática la omisión que sufre la obra de Margarita Gómez Espinosa (Jinotepe, 1915-Jinotepe, 1997), narradora y ensayista. Desde 1962 hasta 1979 ella se desempeñaba como agregada cultural de la Embajada de Nicaragua en España. El poeta Carlos Martínez Rivas (1924-1998), que rara vez escribía prólogos, hizo uno para su libro *Rubén Darío, patriota*.

En 1956 fue electa Mujer de Nicaragua por la Unión de Mujeres Americanas. En 1974 la Academia Real de Cádiz la designó miembra correspondiente.

Como no era simpatizante de la Revolución Sandinista, durante la década de los 80 Margarita Gómez residió en Guatemala, donde trabajó como docente y colaboró en publicaciones periodísticas. Regresó a Nicaragua en los 90; radicaba en Jinotepe, donde falleció.

Ahora la Biblioteca de Jinotepe lleva su nombre, y en 1999 la Comisión 2000 la designó Ciudadana del Siglo por Jinotepe. Sin embargo, de poco sirven estos honores si la obra de Margarita Gómez es inaccesible para la público nicaragüense. La bibliografía de la autora consta de 13 títulos:

Pétalos. Jinotepe, Tipografía Carazo, 1941.
Alma indígena. Jinotepe, Tipografía Carazo, 1942.

Nuevos rumbos. Managua, Tipografía Heuberger, 1955.
Por almas y por mares. Madrid, Editorial Colenda, 1956.
La bruja. Barcelona, Ediciones Rumbos, 1958.
Pío XII. Barcelona, Ediciones Rumbos, 1959.
La maraña. Barcelona, E.H.E., 1960.
Rubén Darío, patriota. Madrid, Triana, 1966.
Encuentro en Ibiza. Madrid, 1969.
Mallorca, isla invadida. Madrid, Gráficas Feijó, 1971.
Rubén Darío, poeta universal. Madrid, Paraninfo, 1973.
Así es Nicaragua. Madrid, Paraninfo, 1973.
Herencia fatal. Madrid, Papelería Rei, 1977.

Diez de estos libros fueron publicados en España y no están disponibles en las bibliotecas de Nicaragua. A inicios de los 90 la Licda. María Manuela Sacasa de Prego, Presidenta del Instituto Cultural Rubén Darío, una organización no gubernamental de índole cultural, presentó al Instituto Nicaragüense de Cultura un proyecto para la adquisición de estos libros, pero, como siempre, no hubo fondos disponibles.

Nunca hubo tiempo para valorarla

Lo anteriormente expuesto palidece ante el calamitoso destino que corrió el legado artístico de María Teresa Sánchez (León, 1918 (¿?)-Managua, 1994), poeta, narradora, promotora cultural y artista plástica. Seguramente, este nombre es casi desconocido fuera de Nicaragua, y tampoco es muy conocido dentro, pese a que la autora posee todos los méritos para ello. Luis Alberto Cabrales (1901-1974), poeta e historiador nicaragüense, uno de los fundadores del Grupo de Vanguardia, expresó en 1958 —sin exageración localista— que María Teresa Sánchez "comparte la supremacía poética centroamericana con Claudia Lars (1899-1975) y Clementina Suárez (1902-1991)".[2]

Pero si estas dos autoras son consideradas figuras básicas de sus respectivas literaturas, María Teresa Sánchez es una artista marginal. En parte eso se debe a que la literatura nicaragüense posee una gala tan formidable como Rubén Darío (1867-1916) y por ende, se da un lujo de no prestar atención a nombres "menores". Haber crecido a la sombra de un genio tiene sus desventajas, y dicha sombra siempre resulta más densa para las mujeres.

La biografía de María Teresa Sánchez está llena de lagunas. Ni siquiera se conoce con certeza en qué año



había nacido. La fecha oficial es 1918, pero según sus declaraciones hechas en 1993, había nacido en 1924 y se agregó años porque quería pasar por persona mayor de edad con el fin de sacar permiso para fundar la Editorial Nuevos Horizontes.[3]

Ella evitaba hablar de su familia de origen porque ésta, al parecer, era un tanto irregular. Perdió a su padre cuando tenía 2 años, su madre pronto encontró otra pareja y María Teresa fue criada por su abuela. Creía que aquélla era su madre y sólo cuando tenía 9 años, una vecina le contó la verdad.

Escribió sus primeros versos a la edad de 6 o 7 años. Dr. Salvador Buitrago Díaz publicaba sus escritos en su periódico y preparó el prólogo para su primer poemario, *Sombras*, editado en 1939 en sólo 50 ejemplares.

Estudió dos años en el Colegio de la Inmaculada Concepción y luego, en el Colegio Francés de Granada, del cual fue expulsada por "rebelde". Después viajó a Puebla, México, donde estudió escultura.

Regresando en barco a Nicaragua, el 17 de abril de 1939 conoció al judío húngaro Pablo Steiner (1915-1985), intelectual europeo que huía del nazismo, y en quince día se casó con él.

Ha sido un matrimonio muy singular, basado en el afecto y la afinidad, y, aparentemente, abierto para ambas partes. Rolando dio de buena gana su afecto y su apellido a dos vástagos de María Teresa, nacidos fuera del matrimonio.

En 1940 la pareja fundó la Editorial Nuevos Horizontes y el 17 de abril de 1942, el Círculo de Letras, que también editaba la revista literaria *Nuevos Horizontes*. María Teresa fue directora de todas estas entidades, y nadie puso jamás en duda su diligencia. En 1944 la editorial adquirió una imprenta, donde fueron publicadas numerosas obras claves de la literatura nacional.

María Teresa Sánchez hegemonizó la vida cultural de Managua durante los años 40 y 50 y se convirtió, según Pablo Antonio Cuadra, en un "Ministerio de Cultura privado".

En 1945 María Teresa ganó el Premio Nacional Rubén Darío de poesía. En 1948 publicó su antología *Poesía nicaragüense* —aumentada y reeditada en 1965—, que también recibió el mismo premio (1948). En 1949 editó la antología *Poesía mariana nicaragüense*.

Su círculo de letras ha sido el más significativo en la vida cultural capitalina. Publicaba revistas (*Nuevos Horizontes* y *Pipil*), libros, *Cuadernos de Literatura Extranjera*, organizaba concursos, recitales y conferencias, promovía visitas a Nicaragua de personalidades literarias, como, por ejemplo, León Felipe y Félix Peirayo.

En 1957 y 1958 volvió a ganar los Premios Rubén Darío por sus obras *El hombre feliz y otros cuentos* (narrativa corta) y *Canto amargo* (poesía). Es la única persona que obtuvo dicho galardón en cuatro ocasiones.

Desde finales de los 50 comenzó a escribir *Poemas de soledad y de misterio*, el libro de cuentos *El zoológico de Dios* y la novela *La niña y la bomba* (no se sabe dónde se encuentran los textos). También incursionaba en las artes plásticas (pintura y escultura).

En los 60 editaba *Nuevos Horizontes* junto con su hijo Pablo Steiner (1936-1987), dramaturgo y crítico teatral y cinematográfico. Apoyaba la lucha antisomocista, estuvo involucrada en la conspiración de 1954, en 67 escondió en su casa a Carlos Fonseca Amador (1936-1976), líder del Frente Sandinista de Liberación Nacional, buscado por la seguridad de Somoza "vivo o muerto". Como represalia, le confiscaron la imprenta.

El estilo de vida de María Teresa Sánchez era muy poco convencional; era osada y rajatabla. Igual que Josefa Toledo, fue acusada de recurrir a servicios de escritores varones; pero si doña Chepita no se dignó de tratar de refutar estas acusaciones, la reacción de María Teresa era mucho más belicosa. Cuando durante un evento cultural un tipo la acusó de haber plagiado textos de Manolo Cuadra (otro poeta a quien la ligaban afectivamente), ella sacó de su bolso una pintura de labios, se pintó las manos y le estampó al ofensor dos bofetadas carmesíes, profiriendo: "Soy lo suficientemente inteligente para no necesitar robar poemas". Genio y figura.[4]

En 1985 fue condecorada con la Orden Independencia Cultural Rubén Darío. Pese a la amistad que ella mantenía con varios líderes sandinistas (incluyendo a la poeta Rosario Murillo, esposa de Daniel Ortega), se ha convertido en opositora del Gobierno del FSLN.

Las muertes de su marido e hijo la sumergieron en una profunda tristeza. En 1993 expresó al respecto: "Viajé a Inglaterra, a Francia, al Canadá, a Costa Rica, buscando el país del olvido. No existe." Siempre llevaba luto y vivía en su enorme casa acompañada sólo por su empleada, un viejo perro salchicha y las tortugas de tierra.

Con el paso del tiempo, María Teresa se ha vuelto más dependiente de la opinión pública y trató de hacer olvidar sus osadías. Mentía piadosamente sobre su vida sentimental, aun cuando los hechos que pretendía negar eran muy fáciles de descubrir con sólo cotejar las fechas (como, por ejemplo, darse cuenta de que las y los hijos de ella no podían ser descendientes biológicos de su es-

poso, por la simple razón de que nacieron antes de que ella y Pablo Steiner se conocieran). Le preocupaba profundamente tener buena imagen. "Una cosa es ser poeta y muy otra, ser una puta", comentó en varias ocasiones.[5] Asumía una actitud defensiva, porque sabía que la gente continuaba recordando sus romances de antaño; durante toda la vida llevó el estigma de ser una mujer libertina. La censuraban incluso los varones cuya vida sexual era siempre lo menos ejemplar posible.[6]

Murió en el Hospital Bautista de una dolencia pulmonar; como era de suponerse, lo organizaron un funeral pomposo y luego, la olvidaron. No se sabe qué ocurrió con sus manuscritos. Ella seguía escribiendo pero dejó de publicar. *Nunca hubo tiempo*, memorable poema que aparece en la antología compilada por Daisy Zamora, llegó hasta la imprenta por mera casualidad: María Teresa, crónicamente descuidada con sus papeles, regaló el manuscrito a un amigo, quién, a su vez, lo proporcionó a la antologadora.

La bibliografía de la literata consta de 8 títulos:

Sombras. Managua, Talleres Gráficos Pérez, 1939.

Oasis. Managua. Editorial Nuevos Horizontes, 1943.

Poesía nicaragüense (antología). Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948 (segunda edición, 1965).

Canción de los caminos. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1949.

El hombre feliz y otros cuentos. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1957.

Canto amargo. Managua, Talleres Nacionales, 1958.

Poemas de la tarde. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1964.

El poeta pregunta por Stella. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1967.

Todos son muy difíciles de encontrar, y varios no están disponibles en bibliotecas públicas. Nadie —ni el Instituto Nicaragüense de Cultura, ni Centro Nicaragüense de Escritores— jamás propuso reeditar su obra, ni escogida ni completa.

Los críticos la prefieren misteriosa

Muy diferente de la vida audaz y angustiosa de María Teresa Sánchez fue la existencia de la poeta y artista plástica Mariana Sansón (seudónimo de Marta Josefa de Jesús Sansón Argüello, nacida en León en 1918).

Proviene de una familia culta y adinerada, flor y nata de la aristocracia leonesa. Está emparentada con varios poetas: Lino Argüello (1887-1937), Salomón de la Selva (1893-1959), Pablo Antonio Cuadra (nacido en 1912), Carlos Martínez Rivas (1924-1998), Ernesto Cardenal (nacido en 1925). Todos buenos o influyentes, o ambas cosas a la vez.

Desde niña estuvo rodeada de misteriosas coincidencias, que le inspiraban más asombro que miedo. En distintas circunstancias y épocas le aparecieron: un ángel vestido de celeste, una mujer de rostro adusto y atavío color fuego, llevando libros bajo el brazo, y una dama con ropas a la usanza colonial. Ernesto Cardenal le comentó posteriormente que aquellas visiones fueron sus musas.

Desde niña, era una lectora insaciable, pero no mostraba la menor inclinación hacia las letras. A los 19 años se casó con Eduardo Argüello, un potentado productor agropecuario. El matrimonio no fue feliz.

A inicios de los 50, a Mariana le aconteció la poesía: "Aquella tarde yo estaba en la puerta de mi casa y una conocida me contó que una empleada mía estaba embarazada de mi marido y que él la había llevado a su finca a la orilla del río, adonde nunca quiso llevarme. Sentí que me atravesaba un rayo y comencé a sangrar; resultó ser un aborto, así perdí a mi cuarto hijo... Y salió mi poesía".[7] Publicaba en *El Centroamericano* (León) y *La Prensa Literaria*, dirigida por su primo Pablo Antonio Cuadra (no está de más decir que en Nicaragua los parentescos facilitan mucho las cosas).

Al inicio sus creaciones eran bastante tradicionales, de corte sentimental y/o costumbrista. En 1954, durante una visita a Nueva York, se encontró en el Consulado de Nicaragua con el poeta nicaragüense José Coronel Urtecho (1906-1994) y le recitó algunas estrofas de su cosecha. Aquél escuchó sin interés, por mera cortesía. "Le agregué que tenía otro tipo de poemas y que lo raro era que los había escrito en inglés, sin hablar esta lengua, habiéndolos armado con ciertas frases de conversación que se ofrecen en los textos de enseñanza..." Esta vez Coronel quedó impactado: "Puesto de pie y con la excitación de un hallazgo inesperado, levantó su dedo índice sobre mí —que, recogida en un sofá, no alcanzaba a comprender lo que sucedía—, y me dijo: "¡Formidable!... ¡formidable!... ¡curioso!... Ese es el camino que usted debe seguir."[8] Si admitimos que la poesía de Mariana Sansón es "subconsciente" (en lo personal, creo que es más bien preconsciente), el Id de la autora le hizo caso a José Coronel, y con muy buen suceso.

En 1959 Mariana dio a conocer su obra a un grupo de intelectuales ligados a la Universidad Nacional Autónoma de León, dirigida espléndidamente por Mariano Fiallos Gil (1907-1964), padre de la entonces futura no-

velista Rosario Aguilar. Como los versos gustaron, la UNAN publicó una selección en *Cuadernos Universitarios* y en una separata especial (16 poemas). Al enterarse de esto, el esposo de Mariana le preguntó: "¿Qué tenés con el rector?

En 1960 don Eduardo Argüello fue nombrado Embajador de Nicaragua ante el Gobierno de Italia. Bajo el cielo de Roma, "que se tiende sereno sobre los siglos", Mariana de pronto cobró conciencia de sus raíces indígenas. Escribía intensamente y mandaba cuadernos llenos de poemas a otro primo suyo, Ernesto Cardenal, quien estaba estudiando teología en el Seminario para vocaciones tardías Cristo Sacerdote (La Ceja, Colombia). En 1962 dio un recital auspiciado por el Comité Internacional por la Unidad y Universalidad en la Cultura; las traducciones de sus poemas han sido publicadas en revistas literarias (*La Fiera Letteraria, Giornales del Poeta*). En una ocasión se encontró en la calle con Giorgio de Chirico (1888-1978), pintor de "universos inquietantes". Mariana afirma que aquél ha sido su único contacto con el surrealismo, corriente artística a la cual los críticos suelen adscribir su obra.

Durante su permanencia en Europa tomó la decisión de divorciarse (no fue fácil, considerando la época y el círculo social al que pertenecía, pero ella sentía que su esposo y ella no tenían ya nada en común). En 1963 se estableció en San Francisco, California, desempeñándose como agregada cultural del Consulado de Nicaragua. Aquel mismo año obtuvo el primer premio en el ramo de la poesía en un certamen organizado por la Sociedad de Escritores y Artistas Americanos, sección de Nicaragua, para conmemorar su vigésimo quinto aniversario.

En 1965 regresó a su patria y se reincorporó a las actividades culturales de León. En 1967 se casó en segundas nupcias con Edgardo Buitrago Buitrago (nacido en 1924), destacado catedrático y dariano, una persona dulce, magnánima, espiritual.

En los 60 incursionó en las artes plásticas, fabricando extrañas composiciones con ramas y semillas. También hizo pintura primitivista con sello propio. En 1980 organizó el Grupo Subtiava de Pintura Primitiva.

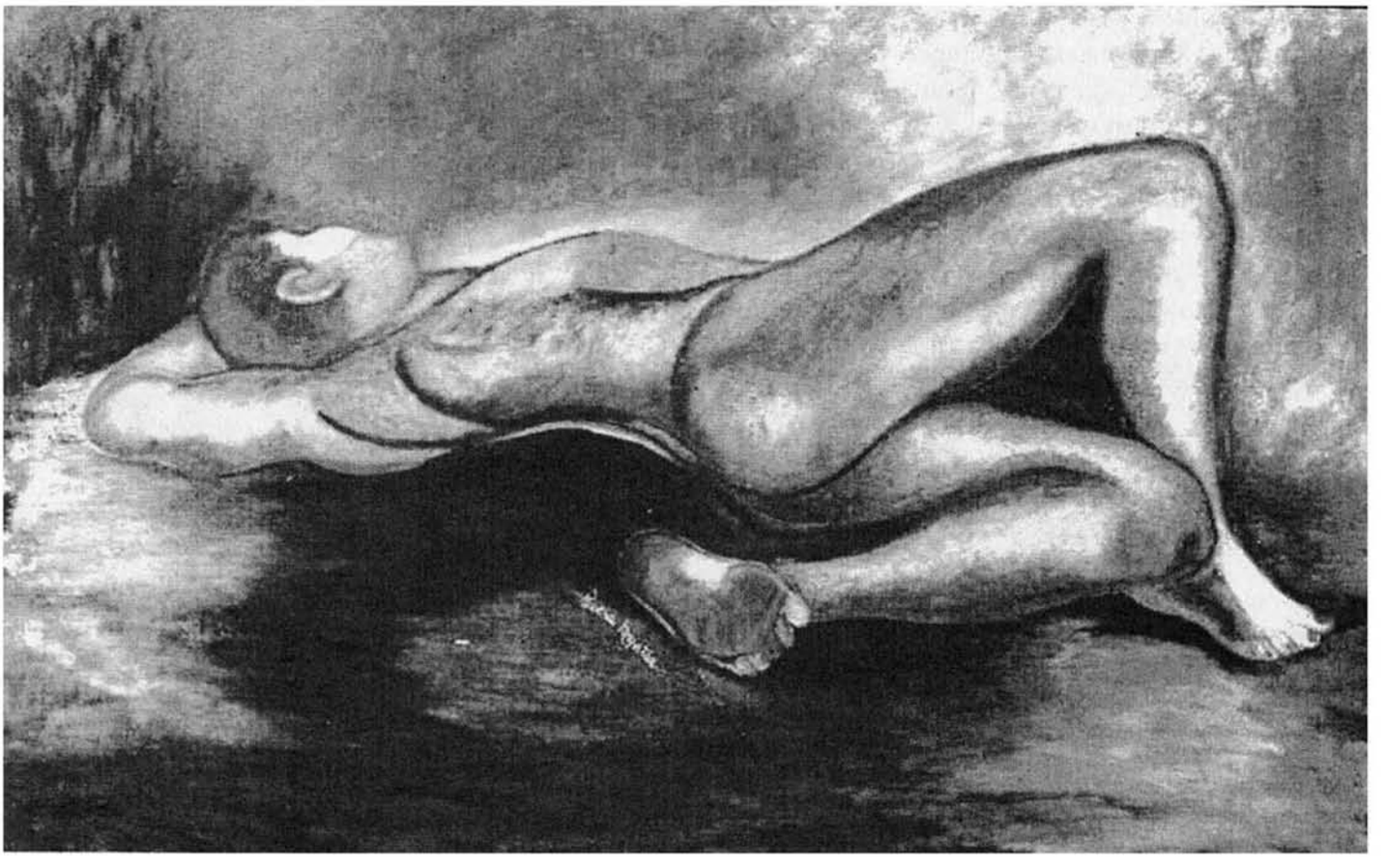
Ha sido la primera mujer admitida como miembra correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua. El solemne acto fue llevado a cabo el 2 de diciembre de 1998, después de que los honorables académicos se acordaron de eliminar el requisito de ser varón para pertenecer a la Academia. Más vale tarde que nunca, dice el refrán, pero para Mariana, fue demasiado tarde: ella ya sufría del mal de Alzheimer y apenas se daba cuenta de lo que estaba pasando. Su membresía es netamente simbólica.

En apariencia, la trayectoria poética de esta autora es bastante venturosa, pero la marginación de todas maneras está presente. El primer obstáculo que ella tuvo que sortear era la reacción de su primer esposo, que no compartía los intereses artísticos de Mariana. No llegó a prohibirle que escribiera, pero no le agradaba el hecho. Como la relación entre ambos ya estaba bastante deteriorada, ella no se sentía muy tentada de satisfacer los deseos del cónyuge, pero la aprobación de la pareja es un elemento que todavía hoy es significativo para las escritoras. Si el hombre acepta la vocación de la mujer y la apoya, el asunto marcha; si no, vienen los conflictos. Los varones perciben sus intereses y aspiraciones como legítimas *a priori*; las mujeres solemos solicitar la legitimación de nuestros deseos a los hombres, y nos sentimos agradecidas cuando la obtenemos.

Contra viento y marea, Mariana Sansón siguió escribiendo. Entre su primer libro, *Poemas*, publicado por la UNAN de León en 1959, y el segundo (*Poemas de Mariana Sansón Argüello*. León, 1967), transcurrieron 8 años. Entre este segundo y el tercero (*Zoo fantástico*. Managua, INC, BANIC, INCH, 1994) pasaron 24 años. Y eso que se trata de una persona privilegiada, con un acceso relativamente fácil a los poderes culturales de Nicaragua. La publicación que reúne el mayor número de poemas de la autora es *Las horas y sus voces y otros poemas* (Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1996), pero son sólo una ínfima parte del total de su producción. Todas las selecciones de la poesía de Mariana siempre fueron hechas por varones; son bastante arbitrarias y la encasillan en el sedicente carácter metafísico de su obra. Ella siempre se ha mostrado reacia a analizar y explicar sus poemas; este distanciamiento, probablemente, obedece al deseo de conservar una libertad irrestricta, que no se atiene a las reglas. La poesía de Mariana es su "recodo de libertad".[9]

La poeta confía en su intuición de mujer; eso bien lo ilustra el siguiente texto suyo:

> El sexo da
> un determinado carácter
> al Hombre.
> Una mujer adivina
> en la oscuridad la forma;
> el hombre se adentra en ella
> sin saberlo.



Los críticos aceptan gustosamente el esencialismo de la poesía de Sansón y casi siempre la enfocan como un misterio al margen de toda lógica. Este es un criterio predominante, pero no único. Ángel Martínez Baigorri (1899-1971), escritor nicaragüense de origen español, se refirió a los poemas de Mariana en los siguientes términos: "Todas, o por lo menos las mejores logradas de esas poesías, son intuiciones rápidas de experiencias lentas de vida".[10]

Pérdida para la historia

La condición de género ha sido determinante en la trayectoria literaria de Magdalena Ubeda Granera (Chinandega, 1928), educadora, ensayista y poeta.

Nació en una patricia familia chinandegana, de estirpe conservadora, pero ya venida a menos económicamente. Desde muy temprano, Magdalena se interesó en las letras: "Aprendí a escribir a los cinco años, y a esa misma edad comencé a componer cuentos, con mala letra y con tremendas faltas de ortografía. [...] Siempre era muy estudiosa y leía todo lo que caía en mis manos, sin orden".[11]

Como en Chinandega no había bachillerato, decidió trasladarse a Managua para terminar la secundaria. "Me fui casi, casi contra la voluntad de mi gente, que era conservadorísima. Pero los convencí."[12]

Todavía siendo estudiante, escribió un ensayo sobre la incidencia de Pedrarias Dávila, primer Gobernador de Nicaragua, en la historia nicaragüense. Dicho estudio fue publicado por el periódico capitalino *Flecha* y causó un debate, que duró alrededor de un mes y promovió a la joven en los círculos intelectuales de Managua. El poeta Pablo Antonio Cuadra le escribió una carta muy afectuosa, afirmando que Magdalena poseía un don de historiadora e instándola a escribir más.

La muchacha fue introducida por sus amistades intelectuales al Círculo de Letras Nuevos Horizontes, recién fundado por la poeta María Teresa Sánchez. "El ambiente allí era sumamente agradable porque todo era muy natural. Nadie adoptaba una pose, nadie era maestro de nadie."[13]

En el año lectivo 1946-194747 Magdalena estudió Derecho en la Universidad Libre de Nicaragua. "Después me casé... Entonces, se terminó el Derecho. Ya casada, una vez volví a ver a mi amigo el poeta Manolo Cuadra y él me dijo: "La perdió la historia pero la ganó el hogar".

♦♦♦

Los esposos se instalaron en La Concordia, un pueblito del departamento de Jinotega. No era, obviamente, un lugar apropiado para el desarrollo de una literata. Magdalena se desvinculó casi por completo de los círculos intelectuales y ya nunca más pudo retomar la labor investigativa. Ha criado 9 hijos e hijas y por 38 años se desempeñó como profesora de secundaria.

Su único libro, *Estelí 79, junio-julio* (Managua, Editorial Alemana, 1979), es una especie de diario en verso y prosa escrito durante los últimos dos meses de la guerra de liberación del 79 (la autora residía en Estelí, donde los combates fueron especialmente cruentos). "Si no lo hubiera escrito, me hubiera vuelto loca. El refugio de una escritora es poder escribir. Mi temor era que se me acabara el papel."[14]

Estelí 79 es un sugestivo *collage* testimonial, cuya vigencia radica no sólo en el hecho de ser un "documento humano", sino en los méritos literarios. En sus mejores páginas Magdalena Ubeda alcanza, gracias a su capacidad de síntesis y a su orgánica vehemencia, niveles apreciables de tensión poética. Pero es más conocida por su militancia política (es socialcristiana desde los 60) que como poeta.

En resumidas cuentas

Resumiendo lo dicho anteriormente, podemos afirmar que las pioneras de la literatura nicaragüense han experimentado y siguen experimentando —en vida y en la muerte— la marginación que consiste en:

- Publicación tardía y selectiva, relacionada con la falta de acceso a los medios editoriales y con el concepto de la "decencia" requerido de toda mujer "correcta".
- Falta de atención y desvalorización de la crítica oficial.
- Insistencia de la crítica en el carácter intuitivo y espontáneo de la obra literaria escrita por mujeres.
- Falta de atención de la crítica literaria para con la ensayística escrita por mujeres.
- Descalificación personal cuando se "transgreden" las reglas de obediencia a las normas de conducta o a las autoridades culturales.

Todas estas formas de marginación, aunque modificadas y atenuadas, persisten hasta la fecha. ♦

Notas

* Trabajo presentado en el V Congreso Centroamericano de Historia celebrado del 18 al 21 de julio del 2000 en la Universidad de El Salvador, San Salvador.

[1] Entrevista personal con Aurora Argüello, León, 1991.
[2] "Canto amargo..." en *Educación*, número 4, abril-junio de 1958, p. 66.
[3] Entrevista personal con María Teresa Sánchez, Managua, 1993.
[4] Conversación personal con María Manuela Sacasa de Prego, Managua, 2000.
[5] Entrevista personal con María Teresa Sánchez, Managua, 1993.
[6] Conversación personal con Carlos Martínez Rivas, Managua, 1993.
[7] Entrevista personal con Mariana Sansón, León, 1994.
[8] Mariana Sansón, "Las horas y sus voces y otros poemas". Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1996, páginas 20-21.
[9] Poema inédito de Mariana Sansón.
[10] Mariana Sansón, "Las horas y sus voces y otros poemas", Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1996, página 216.
[11] Entrevista personal con Magdalena Ubeda, Estelí, 2000.
[12] *Ídem.*
[13] *Ídem.*
[14] *Ídem.*

Bibiografía

Arellano Jorge Eduardo. *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, 1994.

Arellano Jorge Eduardo. *Diccionario de autores nicaragüenses*. 2 tomos. Managua, Convenio Biblioteca Real de Suecia, 1994.

Arellano Jorge Eduardo. *Panorama de la literatura nicaragüense*. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1986.

Cobo de Arco Teresa. *Políticas de género durante el liberalismo: Nicaragua 1893-1909*. Managua, Publicaciones del Colectivo Gaviota, 2000.

Cuadra Manolo. *Tres amores*. Edición y prólogo de Julio Valle-Castillo. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1992.

Cuadra Pablo Antonio. *Torres de Dios. Ensayos sobre poetas*. Managua, Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua, 1958.

Halftermeyer Gratus. *Diccionario biográfico-histórico de Managua*. León, Editorial Hospicio, 1945.

Pallais Lacayo Mauricio. *El periodismo en Nicaragua, 1826-1876*, tomo 1. Managua, Banco Central de Nicaragua, 1982.

Pineda de Gálvez Adaluz. *Honduras: mujer y poesía*. Tegucigalpa, Editorial Guardabarranco, 1998.

Sánchez María Teresa. *Poesía nicaragüense (antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948 (segunda edición, 1965).

Toledo de Aguerri Josefa. *Anhelos y esfuerzos*. Managua, Imprenta Nacional, 1935.

Zamora Daisy. *La mujer nicaragüense en la poesía*. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1992.